JOSÉ GIMÉNEZ CORBATÓN

El dolor y la culpa

Las asfixiantes huellas del Holocausto en el East Harlem neoyorquino

Calle Broadway con la 125 en el neoyorquino barrio de Harlem. :: SERGIO GARCÍA

El cobrador de alquileres en un barrio de la Gran Manzana neoyorquina Norman Moonbloom, en la novela de Edward Lewis Wallant titulada precisamente 'Los inquilinos de Moonbloom', editada en 2005 por Libros del Asteroide, resolvía la nada existencial escuchando los lamentos agónicos de los vecinos a los que en principio debía acosar, y llegaba a la conclusión un punto quijotesca de que la Santísima Trinidad de la supervivencia la constituían el Coraje, los Sueños y el Amor. Algo bastante similar le ocurre a Sol Nazerman, superviviente del Holocausto, judío polaco que se ocupa de una tienda de empeños en la calle 25 de East Harlem. 'El prestamista', que también edita el mismo sello español, fue escrita a finales de la década de los cincuenta y publicada en 1961, poco antes de fallecer su autor a la temprana edad de 36 años, cuando acababa de decidir consagrarse por entero a la carrera literaria.

Nazerman, en su tienda llena de cacharros, de objetos de cualquier clase, de basura proveniente en gran parte de robos, trabaja al servicio de un mafioso italiano de peligrosa catadura. Ha de tratar con toda clase de desposeídos y de depravados, negros marginales en su mayoría, teniendo como única arma su voz y la expresión fría de un talante con el que ha decidido vestir su vida desde que sobrevivió al horror nazi. Para el prestamista los seres humanos son insectos que destruyen «los tranquilos parajes de la tierra». No hay más medio de soportar a sus semejantes que anhelando, haciendo propio, un «bendito silencio» que no es fácil de lograr, pero al que se resiste a renunciar. No confía en la gente ni en sus palabras, porque son sus semejantes, seres en definitiva como él, los que han creado el infierno. Esa certeza le ha llevado a concluir que ni ellos, ni él mismo, merecen en realidad existir.

Como en 'Los inquilinos de Moonbloom', Wallant presenta en 'El prestamista' una galería de tipos pintorescos, cómicos hasta la náusea, solo alguno de ellos entrañable por su carga de patetismo. Suele tratarse de mujeres: la joven prostituta Mabel, hastiada de vender su cuerpo; la frustrada y perseverante Marilyn Birchfield, «eterno paño de lágrimas de todo el mundo», que trata de rescatar a Sol del marasmo vital; o su cómplice Tessie, que arrastra un pasado similar al suyo, dedicada a calmar los ya escasos arrebatos sexuales del protagonista, y a cuidar de un padre desquiciado por la Shoah, víctima extrema del dolor y de la aniquilación que el novelista convierte en un símbolo atroz de la ignominia y el sufrimiento.

Para Nazerman, «el mundo entero es un zoo». No acepta que nadie pretenda amarlo, pues sería una opción similar a la necrofilia, como amar a un muerto. El único modo de seguir vivo es pasar a través de las cosas. Coger justo lo que uno necesita para dejar transcurrir el tiempo. Porque el núcleo de la vida es la brutalidad, la codicia, la desdicha. Pero 'El prestamista' no es una novela en la que triunfe el pesimismo. Wallant era un escritor norteamericano de raíces judías que no daba la espalda al sacrificio liberador que representa la figura de Cristo, presente en las últimas páginas del libro. De esa suerte de revelación será artífice la compleja personalidad de un joven mulato de Puerto Rico que no deja de contemplar el secreto abismal encerrado por las cifras tatuadas en el brazo de Nazerman. No diré más, para no destapar al lector las últimas páginas del relato, pues ofrecen una continuidad vital de sutil complejidad.

Wallant solo tuvo tiempo de terminar tres novelas, 'The Human Season', la que aquí comentamos, y 'Los inquilinos de Moonbloom', que no llegó a ver publicada. En el momento de morir, víctima de un aneurisma, trabajaba en un nuevo borrador. Rodrigo Fresán, en el prólogo a la edición española de 'Los inquilinos...', situaba a Wallant entre la primera generación americana de escritores judíos, la que representan, entre otros, Isaac Bashevis Singer, Henry Roth o Bernard Malamud; y la que a continuación integraron Saul Bellow o Philip Roth. Es un escritor compulsivo, barroco, tempestuoso, pero de una honestidad intachable. Eduardo Jordá, autor de la traducción de 'El prestamista', y de un excelente y documentado prólogo que acompaña esta edición, dice del escritor que puede ser el resultado de una «mezcla imposible» entre Chejov (al que Wallant homenajea en la novela), Dostoievski y Groucho Marx. No me parece disparatado. A Sol Nazerman los cuentos de Chejov le parecen «delicados, divertidos y tristes». De Dostoievski, a Wallant le conmovía sin duda la hondura de la culpa que asola a sus personajes. De Groucho, el disparate agudo y amargo, rotundamente cómico, que nutría su visión del mundo.

EL PRESTAMISTA

Edward Lewis Wallant. Libros del Asteroide. 21,95 euros.

---

aqueja a nuestra cultura – son registros contables y poemas.

Fue un poema, que también es una novela, que también es uno de los culebrones más sanguinarios que nunca se han visto, el que hizo saber a todo el mundo que una vez hubo una ciudad que sufrió el más largo y brutal de los asedios. Y aunque nadie a ciencia cierta sabía donde estaban las llanuras donde Aquiles, el asesino de hombres, sajó la carótida de Héctor, nadie ponía en duda que Troya hubiera existido. Más tarde un alemán dio con las ruinas de la ciudad. Sin embargo, en cierto aspecto, hubiera dado igual que Troya no hubiera sido emplazada, ya que la Troya que tiene en mente todo el mundo, no son las piedras amontonadas que se pueden ver en Turquía, sino la floreciente ciudad con su muralla inexpugnable construida por Apolo, donde se abren las puertas ecceas, esas a las que hubo que quitar el dintel para que pasara cierto caballo. Troya es la Iliada. Y la iliada, junto con la Biblia y los textos de Platón , es el poema que, literalmente moldeó la forma de toda una cultura. Tal es la fuerza de la palabra, tal es el poder de un poema.

Ya vemos el poder de un poema. Todos los buenos poemas –y hablo de poema en la forma más amplia– lo tienen. Puede que no todos forjen los cimientos, o un mero ladrillo de nuestro mundo. Pero todos ellos moldean algo en nosotros, retuercen algo en nosotros sacando de lo viejo lo nuevo –el oro del barro, dice Baudelaire–, dando forma, a veces por un instante, en un chispazo súbito, a eso que tenemos rondando la punta de la lengua y no podemos nombrar. Y es posible que ese nombre no sea lo que esperábamos, que apenas podamos entenderlo, y que lo olvidemos o finjamos olvidarlo. Aún así, la magia se ha obrado. Y somos más ricos, acaso más completos.

«Ya no veré las torres gemelas, pero tampoco el Coloso de Rodas»

«Nadie ponía en duda que Troya hubiera existido...»